



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 59

*Del señor académico de número don
Luis Soler Cañas, acerca del caló de
Costa Rica y la coba ecuatoriana*

Voces comunes y significaciones comunes en el lunfardo del Río de la Plata, la coba ecuatoriana y el caló de los criminales de Costa Rica

Señor Presidente:

No cabe duda de que un estudio comparativo de las distintas jergas utilizadas por los criminales de los países latinoamericanos brindaría conclusiones muy interesantes. Que yo sepa, hasta ahora ese estudio no se ha hecho, más que seguro a causa de la escasez de repertorios del habla criminal que existen en el continente y también a la incomunicación en que, en muchos aspectos, viven los países americanos. Mientras alguien, más autorizado que yo, encara ese estudio, me voy a permitir elevar a consideración de mis ilustres colegas el escaso fruto que he podido recoger de la eventual frecuentación de dos trabajos a ese respecto, *El caló de los criminales de Costa Rica*, publicado por el doctor David Quirós en 1916, y el *Diccionario del Hampa Guayaquileña*, dado a conocer por el periodista ecuatoriano Sr. Justino Cornejo en 1957, pero que fue recopilado en 1953, cuando su autor, editorialista de un periódico de su patria, fue por motivos políticos a dar con sus huesos en la cárcel. “Durante esa temporada, fecunda en experiencias preciosas, platiqué siquiera con 300 presos de toda edad y condición, los más de ellos «vagos y rateros», con quienes hice amistad –dice el señor Cornejo–. Este léxico, que siempre deseé recoger, nació allí. Nadie que yo sepa consiguió éxito tan halagador. Y acaso nadie se lo propuso. Soy, pues, el primer filólogo ecuatoriano que lo ha hecho, y de ello me siento holgado y contento.”

En el *Diccionario* del Sr. Cornejo se registran, por ejemplo, los vocablos *caballo* y *cruz*:

CABALLO. Pantalón, pantalones. “Por poco no le quitan hasta el *caballo*.” Es, además, coraje, valor. “Lo hice a puro *caballo*.”

Con la primera de las acepciones, el mismo vocablo figura en el léxico costarricense del Dr. Quirós.

En cuanto a la segunda palabra dice el Sr. Cornejo:

CRUZ. Camisa, ¡vaya U. a saber por qué!...

Y la verdad es que es un poco difícil saberlo. Tampoco el Dr. Quirós, que la registra con el mismo significado en *El caló de los criminales de Costa Rica*, explica el origen de esa acepción.

Esto puedo decir en cuanto al examen de dos vocabularios americanos, uno de 1916 y otro de 1953, de países relativamente lejanos.



Veamos ahora qué puede haber de común entre el *caló* costarricense y el *lunfardo* de los rioplatenses o, para ser un poco más amplios, nuestro lenguaje popular, callejero y cotidiano.

En el vocabulario del Dr. Quirós encuentro vocablos familiares como *cachar*, *confites*, *changüü*, *mariquita*, *piantar*, *trabajar*, *grafñar*.

Cachar tiene allí el significado específico de *hurtar*. Entre nosotros este verbo significa a veces ‘agarrar’, ‘tomar’, ‘asir’ (por no decir ‘coger’) y puede tener en algún momento la acepción de ‘apoderarse de lo ajeno’.

Confites significa *balas*: si no me equivoco, contemporáneamente solemos usar el vocablo mencionado con la misma significación.

Changüü, explica el Dr. Quirós, es la “ventaja que dan los jugadores de billar a los principiantes (presidarios novatos, *caló* jergal)”. El modismo *dar changüü* entraña, entre nosotros, pero generalizada, la misma idea de conceder ventaja a alguien en un asunto cualquiera.

Mariquita es, como entre nosotros, ‘sodomita, maricón’.

Piantar, anota escuetamente el Dr. Quirós, es ‘ir’.

Trabajar, ‘hurtar’.

Grafñar, dice el Dr. Quirós, es ‘hurtar (*sgraffignare*, robar en dialecto piamontés)’. Sin duda es la misma voz que en nuestro lunfardo figura como *granfiñar* y que Gobello registra con la misma acepción que tiene en el *caló* costarricense, aunque derivándola del genovés *granfignâ* (‘robar’).

El examen del *Diccionario del Hampa Guayaquileña* compilado por el Sr. Cornejo arroja, con relación a nuestra habla lunfardesca, resultados mucho más abundantes.

En primer término, debo hacer notar la inclinación del delincuente guayaquileño al uso de palabras conformadas como nuestro *vesrre*: *bronca*, por ejemplo, significa para ellos simplemente ‘cabrón’; *diame* la anota Cornejo como ‘calcetines’ y se me ocurre que es sencillamente el *vesrre* de *media*, o sea ‘calcetín’; también figura nuestro conocidísimo *drema* (‘madre’); *is* es su forma de decir ‘sí’, igual que en el *caló* de los estudiantes, anota el recopilador; otra expresión arvesada es *jaca de rafi* (‘caja de fierro’); *jermu* es ‘consorte, no barragana’. “Se ve –comenta el compilador– que los delincuentes se expresan mejor que algunos que no lo son.” *Lope* es, como entre nosotros, ‘pelo’. *Llaque*, ‘calle’. *Maplu*, ‘pluma fuente’. *Nochi*, ‘chino’. *Norra*, ‘serrano, nativo de la región alta de Ecuador’: se ha apocopado el vocablo e invertido las sílabas restantes. *On*, ‘no’. *Samica* –¡cuántas veces lo hemos dicho familiarmente... y lo seguimos diciendo!– es, naturalmente, aquí como allá, ‘camisa’.

Aparte de la coincidencia general en el *vesrre*, coinciden aquí ambos vocabularios en varios *vesrres* particulares.

Pero hay coincidencias mucho más significativas aún, que trataré de apuntar a continuación.

Tenemos, para empezar, la voz *achacado*, que además de significar ‘enfermo del pulmón’, ‘tuberculoso’, ‘tísico’, es ‘el dueño de la casa en donde se efectúa el robo’, ‘persona robada’. Ambas acepciones se corresponden con nuestro *chacado* o *shacado*, si bien la primera voz pareciera reservarse más específicamente para *enfermo* (no se particulariza una enfermedad determinada, aunque es probable que en un principio se



dijera *chacado* al tísico), y la segunda para el robado, al menos según el *Breve Diccionario Lunfardo* de Gobello-Payet.

Achacar es ‘robar’, desde luego, pero también ‘rodear, presionar a una persona con el ánimo de robarla’. Ejemplo de la primera acepción que da Cornejo: “A ese tipo que acaba de llegar lo *achaqué* hace pocos días”.

Afane figura en el vocabulario del hampa guayaquileña y enseguida nos hace recordar *afano* y *afanar*, corrientes en nuestro país, pero allí significa ‘interrogación extraoficial que se sintetiza generalmente en esta frase: «¿cuánto tienes para dejarte?»’. El sentido no surge con mucha claridad, pareciendo corresponder a un intento de coima u ofrecimiento de soborno. En el fondo estaría siempre la idea de quedarse ilegalmente con el dinero ajeno.

También figura en el léxico de los criminales ecuatorianos nuestro conocido *alacranear*, sólo que entre ellos es ‘indagar’, ‘inquirir’ o ‘investigar’: “Me *alacraneó* de lo lindo, creyendo sacarme algo”.

Alumbrado se le dice allí al que está bajo los efectos de la droga llamada marihuana; también ‘al que ha bebido un poco’. Raúl R. Madueño lo registra como ecuatorianismo empleado “preferiblemente para indicar que la ebriedad ha comenzado en alguna persona”, lo que en sustancia viene a ser lo mismo que trae Cornejo. En la Argentina ya sabemos que *alumbrado* es el ebrio, el borracho, pero no es palabra lunfardesca, aunque pueda utilizarse en ese ambiente.

Bacán se da en el vocabulario de Cornejo como ‘persona de posición encumbrada, influyente’, es decir, se registra una de las acepciones de la palabra corrientes en nuestro país. Cornejo acota: “Es posible que nos haya venido de la Argentina”.

Barato: ‘reducido’, ‘corto’. “Si uno dice que a su compañero le han salido tres años de prisión, otro comenta: «*Barato*» o «*Barata* le salió la *cana*»”. Es en esencia el mismo sentido con que usamos la voz en la Argentina cuando decimos “la sacó *barata*”, trátase de un episodio policial, judicial o de otra naturaleza, verbigracia: alguien que fue atropellado por un vehículo en un accidente de mucho riesgo, quizá catastrófico, pero que a él sólo le produjo heridas sin importancia o que, siendo graves, no le costaron la vida. Y por la cita de Cornejo ya va viéndose que también *cana* es palabra de uso en la *lunfardía* guayaquileña. Igual que *encanado*.

Otro viejo conocido es el verbo *batir*: ‘delatar’, exactamente igual que entre nosotros. “Desde cuando le vi la estampa, me imaginé que me *batiría*.” El verbo y la significación son los mismos, pero el uso ligeramente distinto. Si uno dice en la Argentina “Fulano me batió” no significa ‘me delató’ sino ‘me dijo’, porque entre nosotros *batir* es también ‘decir’, ‘comunicar’.

Dar bola, en Ecuador como en la Argentina, es lo mismo: ‘prestar atención’, ‘condescender’, ‘coquetear’; quizás la última acepción esté implícita entre nosotros en el sentido general de ‘atender’, ‘conceder atención’, *dar beligerancia*, como solía decirse antes con evidente incorrección. Cornejo no da ejemplos. Nosotros solemos decir: “Viejo, dame bola de una vez que estoy apurado”. “¿Y la mina aquella ¿te dio bola o no?”

Botón es para nosotros el vigilante; para el malviviente guayaquileño el guardia civil. Otro vocablo común.



Cafiche, que evidentemente corresponde a nuestro *cafishio*, *cafiolo*, *fioca*, *shiofica*, *caficho*, *chofica* y *caficha*, significa allí ‘cabrón, hombre a quien traiciona la mujer’, acepción que no tiene entre nosotros, y también ‘el que vive del comercio carnal de una hembra; tratante de blancas’, acepción lunfarda originaria, que después tomó sentido figurado, y así pudo alguien decir alguna vez, un poco irrespetuosamente por cierto, que cierto investigador de nuestra historia era “el cafishio de Mariano Moreno”...

Campana tiene en Guayaquil exactamente el mismo sentido que en nuestra jerga lunfarda: ‘el que, situado a cierta distancia del lugar en que va a cometerse el robo u otro hecho delictuoso, advierte a sus compañeros del peligro’. Y *campanear* es ‘avisar’, ‘advertir’. Comenta Cornejo que el *campana* “suena o vibra como ese viejo instrumento” (la campana) y añade que “se trata de un tropo correcto”.

Llegamos ahora a *cana*: ‘cárcel’, ‘presidio’. “Andaba yo tranquilo y me dieron una *cana*.” Lo mismo que en la Argentina, sólo que aquí diríamos “me dieron *la cana*”. También figura en el léxico de Cornejo *encanado*: ‘preso’. Y *canero*: ‘huésped conocido de una prisión’. “*Perico Liger* es *canero* viejo de esta casa.” Como se ve, hasta *canero viejo* es allí expresión corriente...

Cuarentón le dicen los hampones guayaquileños a los cuarenta centavos. Y *veintón* a los veinte. Nos hace recordar a cualquier porteño cuando dice: “Le puse un cincuentón en la mano y el asunto corrió ligero como el diablo”, sólo que aquí la voz se refiere a cincuenta pesos, no a cincuenta centavos. *Ventana* le llaman en Guayaquil al billete de veinte sucres.

Al ‘vivo que se traga a otro por el sistema del *cuento*’ lo llaman allí *cuentero*, como nosotros, y *cuentista*, voz que nosotros reservamos para los literatos urdidores de ficciones breves. Como puede advertirse tienen allí *vivo* y *tragar*, acepciones iguales que entre nosotros. El *cuento* lo define Cornejo como la ‘relación imaginativa en cuya virtud un incauto cae en las redes de un pillo’, agregando que “el *cuento del número premiado* es, sin duda, el más conocido”.

Cuero lo llaman, por igual, a la billetera y a la hembra. Alguna razón tendrán... Me parece haber leído la voz *cuerito* con alguna de esas acepciones, pero no puedo concretar el recuerdo. Gobello-Payet no registran la voz *cuero* –uno de los nombres que los punguistas dan a la billetera– pero Federico Cammarota –*Vocabulario familiar y del lunfardo*– trae *cuerito* con el significado de ‘actual billete de cien pesos’. El origen de la denominación –añade– estaría dado por el color del billete. Puede ser, pero creo que no es muy seguro. Lo evidente es que *cuero*, aquí y en Ecuador, se relaciona con la idea de dinero. Se me ocurre que el ladrón guayaquileño ha dado a la billetera el nombre de la materia con que se fabrica, recurso bastante usado en las jergas técnicas del bajo fondo.

Nosotros decimos *chorro* (‘ladrón’) y *chorrear* (‘robar’). Reforzamos el sonido de la voz originaria, sustituyendo la *ere* por una *erre*. Los guayaquileños se atienen a la forma antigua. Dicen *chorear* (‘robar’), al ladrón le llaman *choriza* y reservan *choro* para el ladrón audaz o para designar el hecho mismo del robo. El *choriza*, qué duda cabe, equivale a nuestro *chorizo*. En Buenos Aires oí una vez emplear la voz *choriza*. Yo era estudiante, casi de pantalón corto, y una vez en la calle Rivadavia frente a la plaza del Congreso observé, con mis compañeros de colegio, a una pareja que circulaba por allí. Ella, que parecía mujer de la vida o algo por el estilo, pidió a su compañero que le comprara un billete de lotería. Él parecía estar bastante *alegre* por efectos del alcohol



y accedió al deseo de la mujer. Cuando salió del negocio le tendió el billete diciéndole: “¿Y ahora qué más querés, *choriza*?”. Pienso que la idea de aprovechada, si no la de ladrona, rondaba por allí...

Estrilante, *estriple* y *estrillar* son vocablos que nos hacen acordar de nuestro vulgarísimo y en cierto modo muy usado *estriple* (‘enojo’, ‘rabia’, ‘disgusto’), pero en el Ecuador *estrilante* es el ladrón que para cometer un robo rompe candados y cerraduras, lo que lo identifica con nuestro *escruchante* o *scrushante*; *estriple* es el robo por escalamiento, o *escale*, y *estrillar* significa ‘hablar mal del prójimo’: “Déjate de *estrillar* de tu mismo *pana* (‘compinche’, ‘cómplice’, ‘compañero de averías)’”.

También tropezamos allí con *estruchante*, *estruchar*, *estruche* y *estruchero*. Significan, respectivamente: el que comete *estruche*; robar con fractura; robo con fractura y *estruchante*. Equivalen a nuestras voces *escruchante*, *escruchar*, *escruche*, con la sola diferencia de una letra en su grafía.

Farulero es en Guayaquil el *fanfarrón*. Acá decimos *farolero* al tipo que *hace escombro*, no tanto jactancioso o fanfarrón como ruidoso, barullero, que mete bullanga por cualquier cosa, pero en el fondo ambos vocablos entrañan similar idea.

También nos encontramos con otro viejo conocido: *fulero*, ‘de mala calidad, ordinario, deslucido, viejo’, que son algunas de las acepciones que aquí tiene el vocablo.

Gamba es también voz de pertenencia del hampa guayaquileña, pero no designa la pierna sino el billete de cien sucres, así como en la Argentina sirve para indicar el de cien pesos. Mayor equivalencia, imposible. También *luca*, voz común entre nosotros, la usa el hampón guayaquileño con el mismo significado. Lo que aquí es un billete de mil pesos allí lo es de mil sucres. También emplean la expresión *plata luquera*: ‘que pasa de mil sucres, al tratarse, como es natural, del robo’. También usan en Guayaquil nuestro popularísimo *mango* para designar la unidad monetaria ecuatoriana, que es el sucre. Cornejo dice haberla oído en la cuenca del Plata, “de donde acaso proceda”, y concluye con esta frase, humorística casi: “Que yo sepa, aquí nunca fue esta fruta unidad monetaria”. Humorística para nosotros, desde luego, que no podemos imaginar a la fruta denominada *mango* en el origen de nuestra propia unidad monetaria.

Más conocidos: *gil*, ‘tonto’. *Jilucho*, escrito así, con jota, lo da Cornejo como ‘tonto’, ‘bobo’. *Lancear*, o sea meter las manos en los bolsillos o en las carteras del prójimo: lo que nosotros llamamos *tirar la lanza*. *Lanza* (nuestro *lancero*) es el ‘ladrón que opera metiendo las manos en los bolsillos’. *Levantar*: ‘robar’. No lo significa tan definida ni exclusivamente entre nosotros, pero a veces se dice “me levanté con una caja de cigarros fenómenos”, es decir “me alcé con...”, “me distraje una...”, “me fané una...”.

Mina, allí como aquí, es ‘hembra’. Pero aquí la palabra tiene varios matices: designa tanto a la prostituta como a un *filo*. También figura, en el por cierto sorprendente vocabulario compilado por Cornejo, la voz *orto* con el significado, harto común en la Argentina, de ‘ano’. También figura la palabra *paracaidista*, sujeto que ‘sin ser invitado, asiste a una reunión para aprovechar de ella’. Si no me equivoco, acá *paracaidista* se usa con un significado parecido, aunque no igual.

Paro es ‘el que distrae al comerciante cuando se trata de cometer un *cajonazo*’ (éste es el robo del cajón del mostrador de un almacén mientras el cómplice del ladrón distrae al comerciante) y corresponde al *esparo* lunfardo definido por Gobello-Payet como ‘ayudante del punquista’, encargado de distraer a la víctima de éste.



Punga figura con la definición de *lanza* y *punguear* con la de *lancear*. El *punguero* o *pungueador* es el 'ladrón especializado en extraer dinero y más artículos que se llevan en el bolsillo'. Se le llama también *pulla* o *puya*.

No figura *refilar*, pero sí *refilo*, a la que Cornejo da la significación de *afano*, voz citada anteriormente en esta comunicación.

Tira equivale en la jerga del hampa de Guayaquil a agente de seguridad. *Tirantes*, su derivado notorio, a pesquisas. Mencioné anteriormente *botón*, 'agente de policía'. También se usa su *vesrre tombo*, que ha dado lugar, a su vez, a la formación de *tombeada*, voz que designa a un pelotón de agentes de policía.

Otro *vesrre*: *tolompan*, 'pantalón', 'pantalones'. Nosotros decimos *lompa* y *lompas*.

Toquero, que en lunfardo es –según Gobello y Payet– 'empleado policial que se deja sobornar por los ladrones', en la coba guayaquileña equivale a *cuentero*.

Trabajo, desde luego, tanto aquí como en el Ecuador es, para la gente del hampa, 'actividad delictiva'. Otra palabra porteñísima, por su largo y difundido empleo, *vento*, la usan allá con la misma significación de dinero: "Estoy fregado, enfermo y sin *vento*". *Verdecito*, en el lenguaje del delito del Ecuador, es el billete de diez sucres: "Le vi un fajo de *verdecitos*". Anoto la palabra porque me recuerda el *repollo*: así designábamos antes a los billetes de diez pesos, por su color verde, en nuestro país. Finalmente, y pasando por alto la tentación de comentar algunas voces propias del delincuente ecuatoriano, o que por lo menos no pertenecen ni tienen relación con nuestro lenguaje, y que son admirablemente gráficas, incluso poéticas a veces, voy a terminar esta relación con la voz *yone*, 'gringo, extranjero, pelirrubio que no habla castellano' y que es, claro está, nuestro conocidísimo *yoni*.

Como puede advertirse, el *lunfardo* rioplatense y la *coba* ecuatoriana tienen bastantes voces comunes, no sólo en la forma sino en la significación. Difícil es saber, con los escasos elementos de que se dispone, si ha habido influencia de uno sobre la otra, o viceversa, si la corriente de influencias ha sido doble o si ambos vocabularios se nutren de una fuente común. Probablemente, las tres cosas han ocurrido, aunque no sepamos cuándo ni cómo ni de qué manera.

Buenos Aires, 30 de octubre de 1964

Luis Soler Cañas
Académico de número